VIRIATO

Por ADOLFO SCHULTEN

(CONCLUSIÓN)

Lo que distingue la guerra de Viriato de las demás guerras populares es el espíritu de atrevida ofensiva con que es conducida. Viriato defiende a su Patria más allá de sus fronteras atacando a los romanos en su propia tierra, en Beturia, en Carpetania, en la Bética. Sólo al final, hallándose Viriato agotado, es llevada la guerra a Lusitania; hasta entonces él actuó por completo en suelo romano ¡Cuán distinta es la guerra de los celtíberos! Esta es ofensiva sólo al principio (195-179) mientras después, durante la gran guerra de Independencia, es completamente defensiva (153-133). Viriato se mantuvo hasta el final en campo abierto, los celtíberos se dejaron encerrar y matar de hambre en Numancia, como los galos en Alesia.

La estrategia de Viriato oscila entre la sencilla táctica del cansancio, inquietando al contrario en la marcha e interceptando su aprovisionamiento, y la del exterminio por la sorpresa de la emboscada o de la huída aparente. Sólo en caso de necesidad presentaba batallas regulares. Su objetivo final es más bien el saqueo que la conquista permanente del país enemigo. A causa de lo reducido de sus fuerzas militares y de la poca energía guerrera de los lusitanos, no está en condiciones de sostener largo tiempo el país conquistado.

El rasgo esencial de la táctica de Viriato es la rapidez y la sorpresa. Como los lusitanos armados ligeramente eran inferiores en la batalla ordenada a las legiones provistas de corazas, mientras les eran superiores en rapidez, Viriato intentó inquietar y aniquilar a los romanos por medio del ataque disperso y, donde era posible, concéntrico. De esta manera luchaban infantería y caballería. Este es el temido *concursare* ibérico, el pegar y rebotar constante de que también se sirvieron los pompeyanos junto a Serda contra César (1). El mismo cambio de ataque y retirada lo hallamos en los bereberes pa-

(1) Cesar, B. c. I 44: Liv. V 5,8 (*concursare* en las tribus alpinas); XXI 35,2; XXII 18,3; XXVIII 2,7 (de Iberos); Numantia I 204.

rientes de los iberos y que tienen el mismo arte guerrero (1). Un ejemplo oriental del mismo es la táctica de los Partos que les dió la victoria contra Craso en la batalla de Karrhä (2). El ataque disperso puede tener distintos fines: destrucción, inquietamiento, rompimiento del cerco enemigo. Ante los ataques de Viriato, los romanos no estaban nunca seguros ni aun por la noche ni cuando menos lo esperaban. El ataque es llevado a cabo más bien desde lejos con la lanza, que de cerca con la espada.

Rapidez y sorpresa se alían en la estratagema más eficaz de Viriato, la emboscada. La sorpresa tiene lugar generalmente en un desfiladero que obliga a marchar en columna larga y estrecha que ofrece un magnífico objetivo de ataque. Viriato es maestro en el arte de atraer al enemigo a la emboscada ora huyendo, ora atacando (3).

Además Viriato por medio de la emboscada destruye al enemigo lo más seguramente mientras por la retirada fingida le induce a la persecución precipitada y desordenada y volviéndose entonces de repente le ataca (4). La huída fingida es la estratagema con la que el rey Filipo venció en Queronea (5).

Un objeto especialmente favorable lo ofrecían los convoyes de municiones o de víveres y los forrageadores, éstos por tener que dispersarse por extensas comarcas y aquéllos por moverse despacio por rutas conocidas, fáciles de sorprender.

Cuando Viriato quiere desprenderse del enemigo, sabe apartar la atención de éste del grueso de su ejército por medio de un ataque con un grupo escogido, proporcionando tiempo y espacio a los demás para huir. Esta maniobra la hallamos también en Sertorio, quien después de la desgraciada batalla de Sagunto se arrojó sobre el enemigo y con ello aseguró la retirada al grueso de sus fuerzas (Plut. Sert. 21) (6).

Viriato sustrae el ejército a un ataque inoportuno haciéndolo dispersar en pequeños grupos y reunir de nuevo en un lugar determi-

(1) Numantia I 46.

(2) Los Peltastas griegos luchaban también de modo semejante (Polieno VI 4, 3: μόνιμον δὲ καὶ βεβηκυῖαν μάχην ἀσκεῖν ἀντὶ δρομικῆς καὶ πελταστικῆς; Plut. Philopoimen 9).

(3) Frontin II 5,7. Igualmente los Libios: Ap. Lib. 70.

(4) Frontin II 5,7.

(5) Polieno IV 2,2.

(6) El mismo caso en Frontin I 5,15: *is cum demissum in eam vallem videret exercitum, cuius latera omnia superiora insederat hostis, depoposcit et accepit trecentos milites, quos adhortatus, ut virtute sua exercitum servarent, in mediam vallem decucurrit: et ad opprimendos eos undique descendit hostis longoque et aspero proelio retentus occasionem consuli ad extrahendum exercitum dedit.*

nado(1). Esta maniobra aparece también con frecuencia en Sertorio (2) y en los bereberes (3).

La guerra de posición es naturalmente rara en Viriato, cuya estrategia es todo movimiento, pero, de cuando en cuando, ocupa ya una ciudad fuerte, ya un monte para saquear desde allí el país enemigo, por ejemplo: Tucci y la montaña de Venus.

En el arte de la guerrilla y de las estratagemas, Viriato recuerda sobre todo a Sertorio, pero también a Aníbal. En la estrategia de este último juega también un papel decisivo la utilización del terreno. Aníbal venció por medio de la emboscada en Trebia, Trasímeno, Numistro, Gerùnio, etc. A la manera como Viriato y Sertorio por medio de un ataque simulado con un pequeño grupo sustraen el grueso del ejército al ataque del enemigo, Aníbal en Casilino con el ardid de los bueyes libra su ejército de la tenaza enemiga. La retirada aparente no es menos empleada por el último (4). La semejanza de la estrategia de Viriato y Sertorio con la de Aníbal es debida al parecido de la táctica ibérica, que aquellos utilizan, con la bereber, que imitó Aníbal (5).

Junto a Sertorio y Aníbal, Viriato ocupa un lugar de honor en la Historia del arte guerrero como maestro en la guerra de guerrillas. A ésta se le suele otorgar reducida importancia en las obras teóricas (6), pero tiene valor histórico y siempre jugará un papel importante en países que, como el Africa septentrional y España, son ricos en defensas naturales. En la guerra carlista encontramos aún a cada paso las estratagemas de Viriato y Sertorio: la sorpresa en un desfiladero, el interceptar convoyes, la dispersión del ejército amenazado, la escaramuza. V. Goeben, un compañero de armas de don Carlos, describe del modo siguiente la estrategia del gran jefe carlista Zumalacárregui (7): «Evitaba el encuentro con el ejército cristino en terreno desfavorable, lo atraía ardidamente a los pasos de las montañas para caer sobre ellos de todos lados y los seguía atormentándoles en la

---

(1) Frontin II 13,4: *sparso exercitu, dein reconlecto.*
(2) Plut. Pomp. 19; Frontin II 13,3.
(3) Apiano, Libyca 12.
(4) Frontin III 10,4.
(5) Numantia I 46.
(6) Ahora se niega el derecho de existir a la guerra popular (Francotiradores 1870, Bélgica 1914), admirada por el pasado, pero no así hace cien años bajo la impresión de las guerras populares de España y el Tirol. Entonces escribieron buenas observaciones sobre la guerra popular el archiduque Carlos, Jomini y Clausewitz.
(7) Vier jahre in Spanien 1841, I 209.

retirada... (1) evitando columnas superiores en fuerzas se echaba sobre las más débiles, se introducía entre los diversos cuerpos de ejército y los aislaba para vencerlos; impedía su unión, interceptaba los convoyes e infringiendo continuas pérdidas al adversario le forzaba al abandono de las ventajas que su debilidad momentánea le había hecho ceder. Como no se hallaba estorbado por la artillería, almacenes, bagajes y todas las infinitas impedimentas de los ejércitos regulares, podía operar con facilidad en todas las circunstancias y terrenos, aparecía en puntos de los que se le creía muy lejos y sorprendía a menudo al enemigo con marchas que hubieran parecido imposibles en consideración a la rapidez normal y al terreno. Claro está que Zumalacárregui podía realizar tales prodigios únicamente con guerreros como los que capitaneaba: hijos de la montaña que durante todo el día subían y bajaban sin cansancio los abruptos senderos de los montes, saltaban sobre rocas y abismos, ligeros como gamuzas y a los que finalmente, conociendo todos los desfiladeros y caminos les era indiferente el día o la noche tanto para la marcha como para llevar su bagaje. En el armamento y equipo llevaban también ventaja a sus pesados contrarios. Mientras los cristinos llevaban los fastidiosos correajes, el sable, la mochila llena y el chacó, el carlista llevaba sus ligeras cartucheras abrochadas alrededor del cuerpo y su bagaje consistía en una bolsa de tela para la camisa limpia y las raciones; la capa de lana que llevaba colgando sobre el hombro, servía lo mismo de casa que de cama y manta. Si el soldado tenía sus raciones, le era lo mismo descansar sobre una roca que bajo techo y a menudo había batallones que pasaban meses enteros sin entrar en una casa.»

¡Quién no reconoce en esta descripción a Viriato y a los lusitanos! Si se sustituye Zumalacárregui por Viriato, cristinos por romanos y fusil por lanza ¡todas las palabras convienen a las guerrillas antiguas y a su caudillo!

El armamento de Viriato y sus guerreros lo conocemos por buenas fuentes: las descripciones contemporáneas de Polibio (2) y Posidonio (3) y las estátuas de guerreros del N. de Lusitania (4). El guerrero lusitano llevaba ajustada en la parte superior del cuerpo una toga de tela o justillo y polainas de lana en las piernas. El cabello ondeaba

(1) ¡El *concursare* de los Iberos!
(2) En Estrabón 154.
(3) En Diodor V 34; v. Hermes 1911 p. 568 ss.
(4) P. París, Essai sur l'Art et l'Industrie de l'Espagne primitive II 64 ss. y (con mejores ilustraciones) Leite de Vasconcellos, Religioës da Lusitania II (1909) p. 43 ss.

sobre los hombros en rudas melenas o se ataba con un frontal (1) y pocos poseían gorros de cuero o cascos de metal; no menos raras eran las casacas y grebas de metal. Para luchar desde lejos usaban varios dardos que lanzaban con gran destreza y a mucha distancia, y que o bien eran por completo de metal, el *solliferreum* ibérico (2), o bien tenían sólo una punta metálica. Para luchar de cerca se servían del puñal, de la espada o del sable ibérico de doble curvatura (3), que llevaban en el cinturón, y para la defensa, del pequeño escudo redondo ibérico de piel, el *caetra*, de cuyo nombre los ligeros iberos se llaman *caetrati*. Como adorno llevaban collares y brazaletes, *torques* y *viria* (4). El armamento ligero estaba adaptado a la táctica de las evoluciones rápidas.

La caballería era excelente como la infantería y poseía en los animales indígenas un material caballar notable. Los caballos eran pequeños y desmirriados, pero corrían veloces como el viento; se decía que éste fecundaba las yeguas lusitanas. Eran no menos aptos para subir montañas (5), constantes y frugales como el caballero. Continuamente se hace resaltar la superioridad de la caballería ibérica (6). Un verso del poeta Lucilio (7) podría referirse al caballo de Viriato que en tal caso nos sería descrito como buen corredor aunque pequeño e insignificante. En cuanto a armamento, la caballería llevaba verosimilmente, lo mismo que la celtibérica, lanza, estoque y escudo redondo.

Del mismo modo que en la paz gustaba del baile en corro, el guerrero lusitano iba al encuentro del enemigo al compás de una danza guerrera y entonando un canto de batalla. Ejercicios corporales y juegos de armas, cacerías y expediciones de saqueo mantenían la fuerza militar.

Este enemigo ágil e infatigable, pegando y rebotando constantemente, sustrayéndose al duelo de hombre a hombre era en absoluto superior al pesado legionario, en especial en terreno difícil. Pero a

(1) Estrabón 157; también las estátuas carecen de casco.

(2) Diod. v 34,5; Numantia I 390.

(3) Espada según Diodoro, según Estrabón 154 παραξιφίς ἢ κοπίς. Las estátuas muestran un puñal (Num. I 391).

(4) Así vemos en las estátuas.

(5) Ap. 62...: δι' ὁδῶν ἀτριβῶν κουφοτάτοις ἵπποις; Liv. XXI 57: *vagantibus passim Numidis equitibus et, ut quaeque iis impediliora erant, Celtiberis Lusitanisque.* (Num. I 171).

(6) Num. I 171.

(7) 476 *ipse ecus non formonsus, gradarius, optimus vector;* Cichorius, Untersuchungen zu Lucilius 34.

estos excelentes soldados les faltaban las cualidades morales, sin las que, a la larga, ningún éxito es posible: la disciplina y la perseverancia. Llevaban a cabo la guerra del mismo modo que la cacería o la expedición de rapiña y la batalla: por saltos, siguiendo el impulso del momento, oscilando entre el máximo esfuerzo y el cansancio completo, por lo que no eran nada a propósito para largas campañas. La misma falta de constancia hallamos en los celtíberos que, a menudo, se pierden en medio de la victoria (1).

8. LA PERSONALIDAD

Hemos conocido a Viriato como guerrero y como caudillo de sus guerrillas. Pero los montes de España han producido otros jefes de guerrillas hábiles y atrevidos; Viriato debe su posición preeminente no tanto a su arte guerrero como a su personalidad fascinadora y grande. Raramente y sólo en la necesidad más extrema, los iberos obstinados y amantes de la libertad se han entregado en manos de un caudillo. Pero él ha sido durante 8 años (2) largos y difíciles, no sólo su jefe sino también su rey (3), habiendo sido reconocido como tal también por el Senado. Este poder mágico se repite tan sólo una vez, en Sertorio. Es un rasgo del caracter del pueblo ibérico y aun del actual español, al que la institución no vale nada mientras la personalidad lo vale todo (4). Viriato supo conservar esta simpatía. Se elogiaba su desinterés y generosidad, que nosotros calificaremos mejor de prudencia. Del botín tomaba sólo una parte igual a la de los demás, y entonces la repartía, como recompensa, entre los mejores (5). Uniendo autodisciplina estricta con diplomacia supo encontrar el justo medio entre la autoridad que la situación exigía y la igualdad extrema que pedía su obstinado pueblo. Mientras los advenedizos en general se deleitan con el brillo de su posición, Viriato, a pesar de ser el caudillo y de poseer un rico botín, llevaba su antiguo traje de pastor como los demás. (6) De este modo parecía ser igual al más bajo y no obstante era superior a todos (Dión). Lo mismo que Sertorio, supo hacer creer a los iberos crédulos y supersti-

(1) Num. I 208.
(2) Ocho años (147-139): Ap. 72. Livio que señala catorce años (Epit. Flor. Oros. Eutrop.) cuenta desde el comienzo de la guerra en 153. Los once años de Diodoro están contados desde la carnicería de Galba, en 150 (Kornemann p. 97) e igualmente los diez años de Veleyo (II, 90).
(3) δυνάστης: Diodoro; *dux et imperator:* Floro.
(4) Niebuhr, Vorträge über Röm. Gesch. II 256.
(5) Diodoro, Apiano, Cicerón, De Off. II 11,40.
(6) Justino XLIV 2,8.

ciosos, que poseía el arte de prever el futuro. Por otra parte tuvo la habilidad, indispensable en la guerra, de atenuar los hechos molestos, en especial las derrotas (Dión). Viriato era superior a su pueblo ante todo por su genio político y su afecto patriótico. Del mismo modo que comprendía lo que era conveniente en un momento dado y los medios necesarios para su ejecución, veía más allá que sus compatriotas que vivían al día y se movían por intereses materiales (Dión). Ciertamente que también él estuvo poseído de la obstinación ibérica, pues despreció a los celtíberos y sólo buscó su ayuda en la última necesidad. (Apiano 66). Nada describe mejor su grandeza que el hecho de que la guerra de independencia nació y murió con él. A su muerte el potente fuego de la lucha se convirtió en una débil llamita que se extinguió pronto.

En las fuentes no faltan rasgos que nos permiten contemplar el alma de este hombre particular. Se nos han conservado algunas anécdotas suyas. Su hablar era ceñido y preciso como el de Sertorio. Se servía especialmente de la alegoría, el método de persuasión que obra con más fuerza sobre pueblos primitivos. A los ciudadanos de Tucci que hoy estaban en favor suyo y mañana de los romanos, les habló de un hombre que tenía dos mujeres, una vieja y otra joven; la vieja le arrancaba los cabellos negros y la joven los blancos de manera que al final era completamente calvo. Así les ocurrió: pues los romanos y Viriato mataban cada uno los enemigos que entre ellos tenían. Durante su casamiento preguntó a Astolpas cómo era que los romanos le hubiesen dejado todos aquellos tesoros; respondió aquél que los romanos los habían visto a menudo y sin embargo no los habían tocado y Viriato se asombró entonces que el rey prefiriera la alianza peligrosa con él a la tranquila posesión y a la amistad con Roma. Con ello daba a entender que hasta para Astolpas valía más un hombre como él que el oro y la plata. Aún se manifiesta más claro este orgullo al verlo apoyado en su lanza en medio de la suntuosa fiesta y diciendo que al final sería dueño de todo quien aquella esgrimiera y que el rico Astolpas estaría más obligado a él, que nada tiene, que él a Astolpas. Vemos ante nosotros a este orgulloso héroe que fiando en sí y en sus armas desprecia todo el oro del mundo y expresa este brusco y sincero desprecio; como un gran bárbaro al que le es más querida la selva que la cámara nupcial y como un orador que con breve palabra irónica da en el clavo. Viriato tuvo que matar a su propio suegro por el deseo de los romanos que hacían depender la paz de la entrega de los rebeldes. Nuestra tradición le acusa por ello de ingratitud, pero obraba por amarga necesidad polí-

tica y sacrificaba los parientes al bien común, como Bruto hizo con sus hijos. Es la figura de un hombre duro y fiero, un hijo legítimo de la *dura tellus Iberia*, cuya psicología aun tiene hoy este rasgo orgulloso y duro. El historiador griego no encontró en este «héroe homérico» (1) nada de la χάρις y *urbanitas* de la época escipiónica, pero sí una gran ingenuidad y grandeza natural que faltaba a los romanos y que le imponía.

Persuadido obstinadamente de su propia y grande tarea y cerrado en sí mismo, siendo superior a los demás, a los que a menudo era molesto, Viriato era un hombre solitario, lo mismo que Sertorio. No hay que admirarse de que se engañara sobre sus más cercanos compañeros y que fuera muerto precisamente por aquellos que tenía por sus mejores amigos.

Involuntariamente tomamos partido por Viriato y contra Roma. Observamos cómo un gran pueblo civilizado destruye por los medios más bajos a una pequeña tribu bárbara. Precisamente la vida del caudillo lusitano es toda ella una grave acusación contra Roma. Siendo joven, Viriato tiene que huir de la pérfida carnicería de Galba; en la cumbre del éxito la perfidia del Senado le roba el fruto de la paz convenida con el ejército sitiado; su asesinato, en fin, es la obra de un general romano.

9. FAMA PÓSTUMA

La memoria de Viriato ha sido honrada hasta por sus enemigos. Es cierto que le califican de «bandolero» como a todos los guerrilleros, pero Polibio y Posidonio, los grandes autores sobre los que se basa su memoria, han dignificado su estrategia y hasta han dado una biografía detallada del mismo; también censuran su asesinato. Los mismos analistas romanos reconocen la grandeza de este enemigo y realzan sus cualidades como general y como soberano. Entre otros contemporáneos suyos, Lucilio piensa en él dolorosamente y le designa como el «Aníbal de los iberos» (2). Cicerón considera como gloria especial de Lelio el que resistiera a Viriato (3). Floro le llama *vir calliditatis acerrimae* y opina que hubiera podido ser «Hispaniae Romulus». En la Strategemata de Frontin, Viriato juega un gran papel.

(1) Mommsen.

(2) En los versos 616-917: *contra flagitium nescire, bello vinci a barbaro Viriato, Hannibale...* quería completar *(ibero)* pues el nombre de Aníbal sólo puede ser usado aquí en sentido figurativo.

(3) De Off. II 11,40; Brut. 21,84.

Silio Itálico da su nombre al jefe de los lusitanos que iban en el ejército de Aníbal:

primo Viriatus in aevo,
nomen Romanis factum mox nobile damnis.

Los gramáticos (1) le hacen el honor de derivar su nombre d[e] *vires;* Dión Casio le dedica un estudio detallado y adorna su figura con los rasgos del Temístocles de Tucidides (Thuk. I, 138). Ultimo en la serie, Orosio, que siente como español (2), entona a la muerte de Viriato una queja contra la perfidia romana. Todavía los bizantinos incluían el nombre de Viriato en sus obras (Suidas: Βοριάνθος).

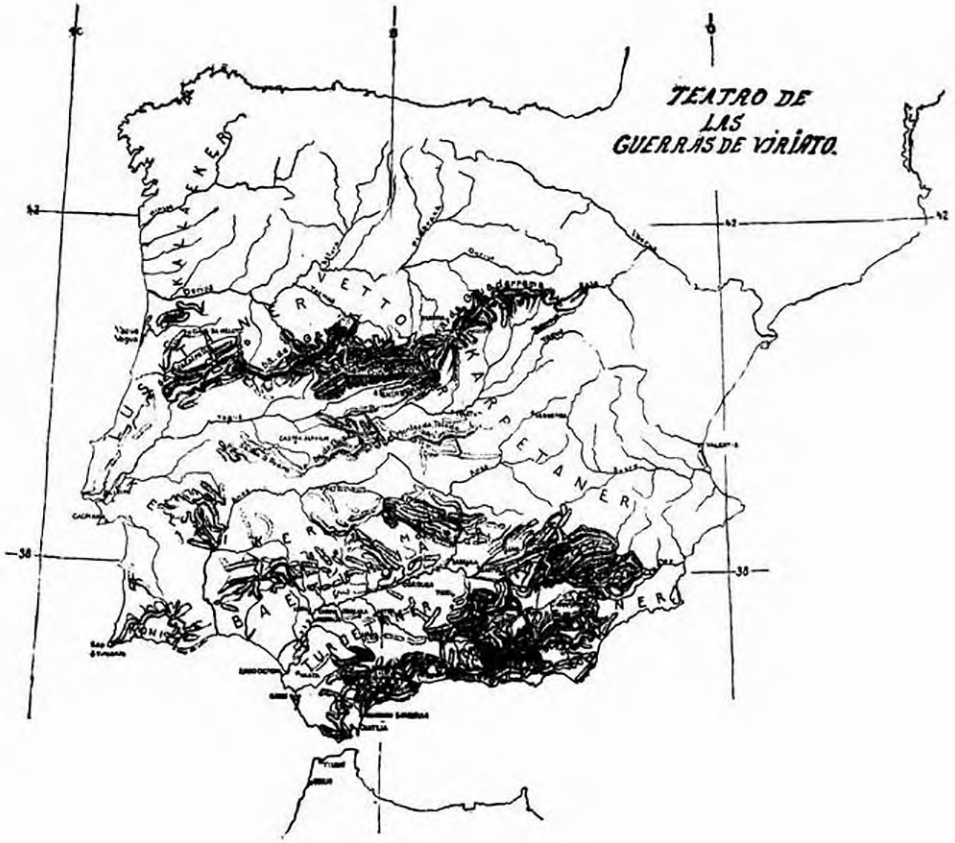
Con el renacimiento de la literatura antigua, volvió a vivir en Portugal el recuerdo del más grande lusitano, desaparecido en la Edad Media, y Camoens, en su epopeya nacional, le erige un monumento junto a Sertorio (Lusiad. I, 26). Entonces se falsificaron inscripciones en alabanza suya (CIL. II, Falsae * 49), lo mismo que se hizo en honor de Sertorio (* 12 s.) y del sitio de Numancia (* 237 * 238; v. Numantia 1905 p. 7). También en esta época, el campamento construído en 138 por Bruto Calaico debió recibir su nombre de *cava de Viriato* (Cueva de Viriato) (3). Desde entonces el nombre y la fama del héroe lusitano sa han convertido en dominio patriótico de la nación portuguesa. Viriato es conocido en todas partes, en ciudades y campos, y donde se halla una inscripción con este nombre la refieren a él (CIL. II 684)

10. VIRIATO Y SERTORIO

Es sorprendente la semejanza entre Viriato y Sertorio. Este último fué también escogido como caudillo por los lusitanos, en los momentos más difíciles, también los dirige durante ocho años, fracasa finalmente y a pesar de todas las victorias, por el cansancio guerrero de aquéllos y es asesinado por falsos amigos. Pero la semejanza va todavía más allá llegando a una notable armonía de ambos en su manera de ser corporal y espiritual, en su trato con los iberos, en la estrategia militar.

La descripción que Salustio hace de la táctica de Sertorio (Plut. Sertorio 12-13) coincide por completo, de cuando en cuando literalmente, con las biografías conservadas de Viriato y con su estrate-

(1) Corpus Gloss. ed. Götz V 648; Non. Marcell. 186 M.
(2) Num. 1905 p. 2.
(3) Hablo de este notable monumento en el trabajo antes citado «Ein Römisches Lager aus dem Sertorianischen Kriege».


TEATRO DE
LAS
GUERRAS DE VIRIATO.

gia. En aquél encontramos el mismo desarrollo corporal que en éste, la misma ingeniosidad, la misma táctica con las estratagemas de la huída aparente (Plut. Sert. 12), de la dispersión y reunión del ejército (Plut. 21), de la diversión táctica, de la emboscada (Plut. 13; Frontin), del ataque nocturno (Plut. Sert. 19) etc. En la antigüedad ya se notó esta sorprendente armonía. (1) No cabe duda que el romano Sertorio se apropió la táctica de los lusitanos, de la misma manera que Aníbal la de los bereberes (2). Casi podría suponerse en él una imitación directa de Viriato, pero la armonía se explica por el hecho de que ambos se sirven del modo de guerra indígena y que lo desarrollan con igual virtuosismo. También se asemejan ambos en el difícil arte de conducir a los salvajes iberos. Asimismo Sertorio no sólo gana los corazones de estos niños grandes por medio de regalos (Plut. Sert. 14) y les convence de su misión divina, sino que en su boca hallamos la misma manera de hablar breve y sarcástica y hasta la misma preferencia por las parábolas que en Viriato. Del mismo modo que éste hace ver clara a la gente de Tucci la torpeza de su política oscilante por medio de la parábola del hombre con las dos mujeres, Sertorio, después de una batalla, convence a los alborotados iberos de las ventajas de su estrategia del cansancio, por la historia de los dos caballos (Plut. Sert. 15; Frontin I 10,1). También en esto la semejanza se basa en haberse adaptado el último al modo de pensar indígena. Pero a ello debe añadirse, lo mismo que en la semejanza corporal, un íntimo parentesco entre ambos. Sertorio es también un hijo de la montaña y ésta ha determinado su manera de ser.

¡Ilustre pareja! Ambos, tanto el lusitano como el romano, han arraigado en la nacionalidad ibérica, ambos han desarrollado hasta el máximo resultado las buenas cualidades de la misma y ambos han fracasado finalmente por sus malas cualidades, en especial la falta de disciplina y de energía. Así sus nombres están ligados permanentemente con la Historia de la guerra de independencia ibérica. Además su trágico fin inspira compasión general. Lamentamos que no se haya conservado ninguna imagen de esta grande y peculiar pareja. Pero aunque su apariencia corpórea se haya desvanecido en la lejanía del pasado, su memoria vivirá siempre, no sólo en España y Portugal, sino en todas partes, mientras se cante y se hable de luchas y caudillos de independencia (3).

(1) Frontin II 13,4.
(2) Liers, Kriegswesen p. 190.
(3) Las antiguas noticias biográficas de Viriato nos las suministran. Apiano Hisp. 72; Diodoro XXXIII; Dion Casio XXII fr. 73.